migos. Convino en ello el lord, y envió al general inglés Hill con cerca de 14.000 hombres: entró en Extremadura por la parte de Alburquerque, y uniéndosele 5.000 españoles al mando del general Giron, segundo de Castaños, se fueron retirando á Cáceres todos los destacamentos enemigos que al paso habia. Abandonaron en seguida tambien á Cáceres, y prosiguiendo los aliados en su alcance, dispusieron atacar al general Girard que hizo alto en Arroyomolinos, y no creia ni tenia la menor noticia de que se acercasen á aquel pueblo sus contrarios. Dista Arroyomolinos seis leguas de Cáceres, está situada la villa en un alto, y se sube á ella con trabajo. Apostáronse los aliados silenciosamente no lejos de la villa antes de amanecer el dia 28 de Octubre, con recio temporal y copiosa lluvia. A las 7 de la mañana empezaron á marchar contra el pueblo por distintos puntos. Girard, que nada sabia ni aun recelaba, salia entonces con direccion á Mérida, despues de haber hecho salir antes de amanecer una brigada por el mismo camino: el resto de su tropa permanecia en el pueblo. Acometieron los aliados á Girard y fácilmente le deshicieron, al mismo tiempo que por otro punto entraban en el pueblo. Salvóse el general francés con pocos de los suyos; pero cayó prisionero el duque de Aremberg, el general Brun, el jefe del estado mayor, muchos oficiales y 1.400 soldados; y quedaron, ademas, muertos y heridos 400 hombres: perdieron tambien tres piezas de artillería, dos banderas, armas, efectos y todo el bagaje: los aliados perdieron solamente 100 hombres, 30 los españoles, y 70 los

ingleses y portugueses. Salvóse la brigada que habia salido de Arroyomolinos antes del ataque, y llegó á Merida, donde entraron luego los españoles y en seguida los ingleses; pero avanzando con fuerzas superiores los franceses, se replegaron los españoles á Cáceres, y los anglo–portugueses al Alentejo.

Quedó pues, en esta ocasion con honor y lleno de satisfaccion el 5º ejército. En el 6º, situado en Asturias, Galicia, y parte de la provincia de Leon, nada ocurrió de importante en este tiempo, sino la bien ordenada retirada que efectuó su primera division acantonada en Asturias al mando de D. Francisco Javier Losada. Hizo una irrupcion el general Bonnet en el Principado con 12.000 hombres por los puertos de Pajares y de Ventana con ánimo de envolver á los nuestros; pero Losada habia tomado con tiempo tan atinadas disposiciones, que pudo retirarse sin tropiezo hácia el Narcea, salvando todos los efectos pertenecientes al ejército y á la hacienda pública. Avanzaron contra él los franceses y retrocedió algun tanto; pero dando de allí á poco sobre ellos, les obligó á retirarse á su vez. Fueron avanzando en seguida los nuestros por aquel lado, y por el opuesto el activo é intrépido Porlier; de manera que se vió circunscrito el enemigo casi únicamente al camino desde Oviedo á Leon por el puerto de Pajares.

Mandaba D. Gabriel de Mendizabal el 7º ejército, compuesto de tropas bastante heterogéneas, y cuyos jefes, como partidarios al principio, y creadores por consiguiente de la fuerza que mandaba cada uno, se mantenian independientes unos de otros. Formá-

banle principalmente las tropas de Porlier, Merino, Mina, Longa, Jáuregui, á que se agregaban otras partidas no despreciables. Revistólas todas Mendizabal en este verano, en el cual ocurrieron por aquella parte sucesos dignos de referirse. Fué uno de ellos la entrada de Porlier en Santander. Tenia ya este caudillo por el mes de Junio mas de 4.000 hombres regularmente vestidos y disciplinados. Desde la Liébana hacia con parte de ellos sus correrías en Castilla, donde acopió 8.000 fanegas de trigo, atravesando por en medio de los enemigos, y sosteniendo con ellos muchas veces serios y peligrosos combates. Provisto ya de víveres acometió á Santander el dia 14 de Agosto. Componiase la guarnicion enemiga de 500 hombres, cuyo comándante Rouget, puesto al frente de ella, trató de defenderse dentro de la ciudad, pero fué completamente derrotado, y apenas pudo librarse él con unos 100 soldados. Enseñoreáronse los nuestros de la ciudad y de varios fuertes que habian levantado los enemigos, quedándoles solamente el de Torre la Vega, despues de una pérdida de 400 hombres, ademas de los prisioneros, que fueron bastantes. Dueños así los nuestros de casi toda la provincia de Santander, se proveyeron de muchas cosas, y no evacuaron la ciudad hasta que recibió Rouget refuerzos considerables. Ocupaba ademas Porlier con parte de su gente el terreno hasta las provincias Vascongadas, y aun consiguió dar un golpe á los franceses junto á Balmaseda á últimos de Setiembre. Tambien los acometia Longa muchas veces con ventaja: otro tanto hacia Jáuregui

con los demas partidarios. Reunió Mendizabal cerca de sí á Longa y á Merino, y dió mucho que hacer á los enemigos por aquella parte con gran provecho así de los demas ejércitos como de los ingleses en Portugal, por la mucha fuerza que tenian que emplear los franceses en el norte de la Península.

No tenia ya tanto que hacer el valiente Espoz y Mina en Navarra, porque, desesperanzados los enemigos de destruirle, y llamados de otros cuidados habian dejado de perseguirle, y se mantenia tranquilo, dueño, se puede decir, de Navarra, escepto Pamplona y demas puntos fortificados. Pero tuvo el sentimiento de que desesperados los franceses aumentaron su crueldad contra los padres y familias de los que le seguian, arcabuceando á éstos sin piedad, y contra el derecho de la guerra. Publicó por lo tanto en 14 de Diciembre un manifiesto en que acriminando el inícuo proceder de los generales franceses, declaraba *guerra á muerte y sin cuartel á jefes y á soldados, incluso el emperador de los franceses*, y dictaba otras medidas de rigor; amenazas que pasaron á ser hechos, los cuales forzaron á los franceses á contenerse en los límites que señalan las leyes de la guerra.

No menos cuidadosos que en el norte andaban los franceses hácia Valencia, cuya conquista era objeto de los deseos de Napoleon y de Suchet, quien por órden de su amo hacia ya tiempo que se estaba preparando para ella; y se impacientaba hasta lo sumo al ver que las maniobras de nuestros ejércitos y partidas en otros puntos impedian que se le incorporasen las tropas que esperaba y necesitaba para su empresa.

Ocupaba con su ejército la ribera izquierda del Turia; los nuestros la derecha; y ambos ejércitos habian estado fortificando por mucho tiempo sus respectivas posiciones. Ascendian las tropas españolas á 22.000 hombres distribuidos y atrincherados en la inmediacion de Valencia, cuyas fortificaciones tambien se aumentaron: agregáronse no mucho despues otros 4.000 hombres del tercer ejército al mando de Freire, que con ellos se situó en Requena. La reunion de fuerzas tan considerables, disciplinadas ya y bastante fogueadas, las posiciones fuertes que ocupaban, la numerosa artillería, el aspecto, en fin, y la actitud militar que presentaba Valencia y sus inmediaciones, persuadieron á Blake, ya de suyo poco aficionado á otro género de guerrear que no fuese estrictamente facultativo, á no estimular al paisanaje ni á las guerrillas, aunque habian asomado algunas alrededor de su ejército. La defensa pues, de Valencia fué por esta vez puramente militar, aunque no dejaron de concurrir á ella guerrilleros y paisanos.

Recibió por fin Suchet una buena parte de los refuerzos que tenia con vivas instancias solicitados, y en el último tercio del mes de Diciembre reunia ya 34.000 hombres, entre ellos unos 2.650 caballos, guardado ademas por otras fuerzas de su nacion por la parte de Cuenca y de Murcia. Acometió pues el 26 de Diciembre la izquierda de los españoles, pasando el Turia ó Guadalaviar por Ribaroja. Pelearon bien nuestros soldados de caballería mandados por D. Martin de la Carrera, y uno de ellos tendió herido en el suelo al general enemigo Bousard dejándole

por muerto, despues de haber perdido la vida en su rededor algunos ginetes y un ayudante de los suyos. Pero se reforzaron los enemigos, acometieron, y rescataron á Bousard; entonces nuestra caballería se replegó camino de Alcira. En Manises, á una legua de Valencia, hallábase May, que acometido tambien, hubo de retirarse, habiéndose sostenido por poco tiempo. Igualmente lo fué el general Zayas en Mislata, donde no solo se defendió con teson, sino que derrotó á los enemigos; de modo que por aquel lado se presentaba decidida la victoria en favor de los españoles. No así por otros puntos donde llevaron la mejor parte los franceses, á pesar de los esfuerzos que hicieron varios cuerpos de los nuestros, con lo cual amenazado Zayas tuvo que abandonar su posicion, y todas las divisiones se retiraron parte á las riberas del Júcar, y parte hácia Valencia. Siguiéronlas los franceses, al mismo tiempo que por la parte del Grao se dieron la mano con los que habian roto la izquierda de los nuestros; de este modo se halló cercada Valencia, donde quedó encerrado Blake y una gran parte de ejército; la otra con May al frente fué la que se dirigió hácia el Júcar.

Encerrado Blake en Valencia, y acordonada la ciudad por el ejército enemigo el dia 26, no habia medio entre salvarse el ejército rompiendo por entre los franceses, y defenderse la ciudad como se defendió Zaragoza. Estuvieron por lo primero los generales y el mismo Blake; pero hubiera sido necesario verificarlo aquella misma noche, antes que los franceses se previniesen para impedirlo, y como para ello

habia que dar raciones á la tropa, juzgó Blake que no habia tiempo para todo, y difirió la salida para el dia siguiente. Ocurriéronse al general nuevas dificultades, que podia y debia haber previsto con tiempo, para que saliese el ejército, y volvió á diferirse la partida para la noche del 28. Quedando, pues, encargado de la plaza con alguna fuerza D. Cárlos O'donell, salieron efectivamente las demas tropas por la puerta de San José. Iba delante Lardizabal con su division, despues Zayas y Blake, y por último D. José Miranda con la retaguardia. Rompió el primero el coronel Michelena, quien con Lardizabal fué caminando sin obstáculo, hasta que tropezando con una acequia, despues de haber pasado otra, no pudiendo cruzarla, se dirigió á una casa que se comunicaba con las dos márgenes de la acequia, y pasó al otro lado con su gente engañando á los franceses que le dieron el *quién vive*. No le imitó Lardizabal: se detuvo, y de consiguiente todo el ejército que venia detrás. Vió Blake desde el puente de San José donde estaba, la detencion de la tropa, estuvo indeciso algun tiempo, y por último, mandó que volviese toda á la ciudad. Michelena siguió su camino; y aunque tropezó varias veces con enemigos, no por eso detuvo su marcha, y aun cogió y llevó consigo algunos prisioneros, con los que entró por la mañana en Liria.

De vuelta Blake en Valencia, ocurrieron graves disensiones y conflictos con el vecindario, que como era natural se hallaba sumamente alarmado con el mal estado de las cosas, viendo tan espuesta la ciudad,

y malogrados los grandes sacrificios que habia hecho para su defensa, confiada enteramente á la autoridad é inteligencia del general, cuyas providencias y operaciones en nada habian contrariado los vecinos. Contuvo Blake el descontento con providencias mas enérgicas que las que habia tomado para salvar el ejército. Suchet entre tanto estrechaba la plaza, y se iba apoderando de las fortificaciones, aunque con alguna pérdida, siendo señalada la del coronel Henri, oficial de mucho mérito. Adelantó tanto en sus trabajos, que Blake tuvo que abandonar casi toda la línea esterior.

Se acercaron con esto mucho mas los enemigos, y bombearon horrorosamente la ciudad en los dias 5, 6, 7 y 8 causando destrozos tanto mayores, cuanto ninguna prevencion se habia hecho de antemano para evitarlos, ó á lo menos minorarlos. Tampoco se habia hecho ninguna diligencia para la defensa interior, ni en ella se habia procurado interesar el ánimo de los habitantes: todo se dejaba al arte y fuerza militar, y esto con malísima direccion.

Hallábase pues Blake muy apurado; mas no por eso accedió á la rendicion que le propuso Suchet, quien continuó sus trabajos, aunque no sin pérdida de su gente; pues particularmente en la puerta de S. Vicente, defendida por Zayas, hallaron sus tropas una resistencia tenaz. Dispuestas ya un gran número de baterías á abrir brecha en la muralla, de suyo débil, propuso Blake al mariscal francés que le permitiese salir libre de la ciudad con todo el ejército. No convino Suchet, y exigió que quedase prisionera la guar-

nicion saliendo de la plaza con los honores de la guerra; prometiendo que se respetaria la religion, las propiedades, &c. Aceptó Blake la capitulacion, y el dia 10 salió para Francia con la guarnicion que se compondria de unos 16.000 hombres. Varon respetable por su saber y rectitud era el general D. Joaquin Blake; poco afortunado en la guerra, quizás por no saber diversificar en la práctica la teoría de la ciencia militar en que se distinguia. Encomendó su numerosa familia, desamparada y pobre, á la regencia del reino con palabras propias de un padre virtuoso. Encerrado en Vincennes, no lejos de París, debió su libertad á la caida de Napoleon en el año de 14.

Por supuesto que Suchet, en lo que menos pensó fué en cumplir la capitulacion. Contra su tenor fueron enviados á Francia muchos vecinos, y 1.500 religiosos; todos los que se encontraron: cinco fueron pasados por las armas; porque los franceses se empeñaban en atribuir á los frailes el alzamiento de la nacion contra ellos. Los Regulares, en lo general, participaban del espíritu nacional; no era este un efecto de su influencia: muy olvidado tenian los franceses el carácter de los españoles para ir á buscar en ese principio la causa de su resistencia. Cuando Francisco I amenazó á Cárlos V que si no accedia de grado á lo que le proponia, accederia *por fuerza*, le respondió el César que él no acostumbraba á hacer las cosas por fuerza; tampoco sus súbditos; y esto debieran tener siempre presente nuestros vecinos. No solo con los habitantes y frailes de Valencia quebrantaron los franceses la capitulacion: tambien sacrificaron inhumanamente á 200 infelices prisioneros, porque despeados no podian caminar: ¡y nos llamaban bárbaros á los españoles!

D. Nicolas Mahy habia pasado á Alicante, y allí se dirigió tambien Freire desde Requene donde le dejamos. Al mariscal Suchet, que de todas partes habia pedido refuerzos para su empresa contra Valencia, íbanle, enviadas por Marmont desde Extremadura, dos divisiones de infantería con la caballería correspondiente, las cuales llegaron á Almansa el dia 9: el general Montbrun que las mandaba supo de Suchet el dia 11 que ya no era necesario aquel auxilio; pero continuó su camino con intencion de sorprender á Alicante, á cuya plaza intimó en efecto inútilmente la rendicion: lo único que hizo fué sacrificar á los pueblos con escesivas contribuciones y males sin cuento, y hacer ver á Suchet la dificultad de apoderarse de aquella plaza como habia pensado, lo mismo que de Cartagena, cuyo equivalente no era del puerto de Denia que tomó.

Emprendió en seguida Montbrun perseguir las tropas de Mahy que con las de Freire estaban situadas en Alicante y sus inmediaciones y parte de ellas en Cartagena y varios pueblos del reino de Murcia. Mandábalas ya D. José O'donell, y ascendian todas á unos 18.000 hombres, inclusas las del general Villacampa, quien poco despues pasó con ellas á Aragon. Tambien las perseguian el mismo Suchet, y el general Soult, hermano del mariscal. Entró éste en Murcia el 26 de Enero con 600 caballos; y hallábase en

una opípara comida que habia mandado preparar en su alojamiento, cuando tuvo que levantarse de la mesa tan azorado, que habiendo tropezado, rodó mas bien que bajó por la escalera y se maltrató bastante. Era la causa que D. Martin de la Carrera habia entrado en la ciudad con 100 caballos, debiendo penetrar en ella mas tropa por otros puntos. Salió Soult á caballo seguido de todos sus soldados: no entraron los que habian de ayudar á Carrera, sin que sepamos la causa; y así tuvo que lidiar con sus 100 ginetes nada mas contra los 600 caballos enemigos. Recorrió sin embargo la ciudad atropellando y dando muerte á muchos enemigos, hasta que se vió solo por haber perdido toda su gente. Cercado entonces por seis franceses en una plaza, todavía se defendió con la mayor bizarría por bastante tiempo, matando á dos; y aunque muy mal herido y desangrándose, no por eso quiso rendirse, peleando como un leon hasta que cayo exánime del caballo en la calle de San Nicolás, y allí murió. Saquearon horrorosamente los franceses á Murcia, y aquella misma noche evacuaron la ciudad, y se dirigieron á Lorca, cometiendo mil tropelías por todo el camino. La memoria del valiente la Carrera fué honrada dignamente despues de su muerte.

Ocurrió tambien por este tiempo otro suceso desgraciado. D. Pedro García Navarro, gobernador de Peñiscola, Península y plaza muy fuerte, bien provista, y guarnecida suficientemente por mil hombres, la entregó sin resistencia al mariscal Suchet, y despues se alistó en las banderas de José. Desleal y feísima accion que por fortuna no recordamos tuviese en esta guerra copia, ni original. La guarnicion quedó en libertad, de la cual no sabemos cómo usarian los individuos de una junta militar, que segun la Gaceta del gobierno intruso aseguraban en la capitulacion "estar convencidos, con el gobernador, de que "los verdaderos españoles eran los que unidos al rey "D. José Napoleon procuraban hacer menos desgra- "ciada su Patria." Los franceses entraron en Peñíscola el dia 4 de Febrero.

Pero como son tan varios los sucesos de la guerra, siguiéronse á la pérdida de Peñíscola la gloriosa defensa de Tarifa, y la toma de Ciudad-Rodrigo. Flaca era la primera, pero mandaba en ella D. Francisco Copons y Navia, esclarecido militar valiente y leal; tenia por gobernador al coronel D. Manuel Davan, escelentes jefes de artillería y de ingenieros, y 2.500 hombres de guarnicion entre españoles é ingleses, cuyo coronel Skerret sirvió tambien de mucho con sus consejos. Asimismo los tarifeños contribuyeron por su parte aprontando 300 marineros. Acometiéronla 10.000 franceses mandados por el general Leval, y despues de haber abierto brecha en su débil muralla, dieron el asalto el dia último de Diciembre, nada menos que 23 compañías dirigidas por un general. El éxito fué perder mas de 500 hombres, y retroceder humillados. Pidieron entonces suspension de armas para recoger los heridos que habian quedado en la brecha: se les concedió, y aun les ayudaron los nuestros con la mayor humanidad á recogerlos. Copons en seguida les hostilizó cuanto pu-

do; y habiéndose metido el tiempo en aguas, no solo se inutilizaron sus trincheras, sino que, anegado todo el terreno, tenian ellos mismos que padecer en estremo por no poder ni siquiera recostarse: y así fatigados y contristados se retiraron el 5 de Enero camino de Veger y Medina, despues de haber perdido en todo cerca de 2.000 hombres.

Con respecto á Ciudad-Rodrigo, hacia ya tiempo que Lord Wellington meditaba cómo apoderarse de ella. A este fin habia tomado sus medidas desde Portugal, y movidas sus tropas, con grande alegría de los castellanos cuando las vieron entrar y pasar por su territorio, comenzó el sitio el dia 8 de Enero. Fueron apoderándose sucesivamente los anglo-portugueses de las obras esteriores, aunque defendidas con valor é inteligencia por los franceses. Entre tanto vigilaban el Tormes, impidiendo la comunicacion, D. Cárlos España y D. Julian Sanchez; y tanto por esto, como por la proverbial lealtad de los castellanos, hacia ya dias que estaba sitiada la plaza, y lo ignoraba la guarnicion francesa de Salamanca, ciudad tan inmediata á Ciudad-Rodrigo. En esta fué adelantando Wellington los trabajos, tomando posiciones y avanzando cada vez mas, hasta que desechada por los franceses la propuesta de rendirse, y abierta ya brecha, ordenó el asalto al empezar la noche del 19 de Enero. Resistiéronlo los franceses al principio con serenidad, pero insistiendo con firmeza los aliados, se estendieron por la muralla y se hicieron dueños de la plaza. Componiase la guarnicion de 2.000 hombres; de estos habian muerto unos 300,

los demas y el gobernador quedaron prisioneros. Los ingleses perdieron 1.300 hombres, y murieron los generales Mackinson y Crawfurd. De resultas las Córtes dieron á Wellington el título de duque de Ciudad-Rodrigo con grandeza de España.